

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTORES.—LEONIDAS PACHECO Y J. MARCELINO PACHECO.

EDITOR PROPIETARIO.—JOSÉ ANTONIO SOTO.

PRECIO DE SUSCRICION.

En Costa Rica..... \$ 1-50
En el extranjero " 2-00
Número suelto..... " 0-25

Año II.—Tomo II.—Núm. 2°

San José, 10 de setiembre de 1888.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

CALLE DE LA MERCED, N° 3, NORTE.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Costa Rica Ilustrada se publica todas las semanas.

La suscripción es por trimestre adelantado.

Apartado en el Correo, número 93.



EL GENERAL CAÑAS.

SUMARIO.

El General Cañas, por A. A. C.—A la memoria del señor Licenciado don Juan J. Ulloa, Expansiones y recuerdos, por don Rafael Machado.—Advertencia.—Marieta, leyenda, por Emilio Pacheco.—Crónica, por Mr. Renard.—Risas y llanto, por Sirio.
Grabados.—*El General Cañas.—Polla.*
Anuncios.

EL GENERAL CAÑAS.



A primera página de nuestra revista ostenta hoy el retrato del egregio centroamericano General don José María Cañas.

Deber nuestro sería completar en estas líneas la obra del artista, trasladando á ellas la fisonomía moral del grande hombre, embellecida con las proezas y episodios de su ilustre historia, si la América Central, y particularmente Costa Rica, no hubiera descuidado el gravísimo asunto de reseñar sus principales sucesos ó de escribir crónicas, al menos, de sus revoluciones y evoluciones políticas y sociales, ó fuera posible obtener datos biográficos y juicios imparciales entre sus contemporáneos, pues en este particular, dividieron tan profundamente las opiniones de los hombres políticos y de Estado, los hechos que se sucedieron en Centro América cuando el General Cañas hizo su carrera militar y política, que difícilmente podríamos consultar hoy á alguno de los hombres de aquella época, sobre la influencia de este personaje en los destinos de su patria, su temple y genio militar, sus talentos y virtudes cívicas, que no sea un admirador que lo endiosa ó un enemigo que lo anula, tal es la pasión que aun impera respecto de los hombres y de las ideas que lidiaron en la política centroamericana desde 1821 hasta 1842, y desde 1854 hasta 1860 en esta fracción de la antigua Patria; pero ya que se nos presentan semejantes dificultades, para escribir la biografía del procer á cuya memoria consagramos este pequeño trabajo, procuraremos al menos trazar los perfiles de esta figura histórica al trasladar aquí las brevísimas notas que hemos logrado obtener respecto de la vida y servicios políticos del General Cañas.

Nos preocupa hondamente el deber en que estamos de emitir juicio acerca de los hechos que realizó Cañas, de las ideas que sustentó, de su carácter, de su honradez política y de su genio militar porque, si hacer la historia de los hombres es hacer la historia de los pueblos, está en lo natural y lógico que nuestro criterio, pudiendo estar errado, falsee, aunque involuntariamente, esta página de la historia de Centro América; mas ese temor no nos arredra porque nuestro juicio no es el único y porque nos alhaga la esperanza de que á medida que nuestra historia sea mejor estudiada y más conocida, será mayor la gratitud de Centro América, y más ferviente su veneración al hombre virtuoso, al bizarro militar que blandiendo su tajante acero en los campos de batalla, con el entusiasmo de patriota y la fe de vencedor, realizó la libertad de Centro América en cien combates contra el invasor enérgico y fuerte que pretendió arrastrar el pabellón que enarbolaron nuestros mayores el 15 de setiembre sobre el palacio de los Capitanes Generales.

Nació Cañas en Sonsonate de la República del Salvador el año de 1809.

Se afilió en su juventud en los ejércitos del General Morazán, al lado de quien luchó por mantener la unidad de Centro América. Era admirador incondicional de este caudillo y secundó sus grandes ideas con lealtad y bizarría. Después de la catástrofe sufrida en Guatemala en 1839, que dió por resul-

tado el fraccionamiento de la América Central y el ostracismo del Jefe ilustre que mantuvo la unión hasta esa fecha, luchando con todo linaje de adversidades, se trasladó Cañas á este país en 1840, resuelto á abandonar las agitaciones de partido, la lucha política que en época tan aciaga sólo podía ofrecerle persecuciones y venganzas; lucha en la cual todo esfuerzo de su parte en favor de la unión, habría sido infructuoso.

Avecindado en esta capital, contrajo matrimonio con doña Guadalupe Mora, hermana de don Juan Rafael Mora, en tiempo en que este notable costarricense era tan sólo un simple comerciante.

En 1850 fué nombrado para Gobernador y Comandante de la comarca de Puntarenas, destino que desempeñó honrada y patrióticamente, por lo que sus gobernados, á la vez que un respeto profundo, le dispensaron un cariño sincero y su ilimitada confianza. El pueblo puntareño veía en Cañas al funcionario probo y severo á la vez que su bienhechor.

Más tarde, invadida Centro América por las huestes de Wálker, marchó Cañas al combate y dió pruebas en las dos jornadas de la epopeya nacional, de su amor á Costa Rica, de sus dotes militares, de notable energía, de perseverancia y sufrimiento, hasta convertirse, como se convirtió, en el héroe más prominente de aquella campaña contra los filibusteros. Fué, si no el primero, de los primeros Jefes que llegaron al territorio nicareguense sojuzgado por el invasor, y el último General centroamericano que abandonó el campo del peligro después de haber vencido y ahuyentado al enemigo y devuelto á Centro América la autonomía que se le quiso arrebatar.

Cuando volvió de la campaña su estado de fortuna era verdaderamente lamentable: estaba arruinado.

Nombrado por el Gobierno de don Juan Rafael Mora Ministro de Hacienda y Guerra, condujo el portafolio con inteligencia y honradez acrisolada.

Desempeñaba ese alto puesto cuando ocurrieron los sucesos del 14 de agosto de 1859, los cuales le condujeron al destierro. Con este motivo fijó su residencia en la capital salvadoreña, en donde la fama de su nombre, sus virtudes cívicas y sus prestigios militares lo elevaron al alto puesto de General en Jefe del Ejército del Salvador. Allí, como en todas partes, sirvió con lealtad y celo. En aquella República se hallaba también el ex-Presidente don Juan Rafael Mora, quien desplegando la bandera de la legitimidad, organizó una revolución contra el Gobierno provisional de Costa Rica.

Gobernaba entonces en el Salvador el General don Jerardo Barrios, y este Jefe conecedor, de la popularidad de que gozaba Cañas en aquella República, en Nicaragua y en este país, le permitió, y aun lo animó para que acompañase y ayudase á Mora en su plan revolucionario. En efecto, vino á Puntarenas con el ex-Presidente aunque eliminado por la desconfianza en el éxito de la empresa. Tal vez ignoraba Cañas que el que desconfía de la victoria está vencido; pero los Moras eran sus hermanos y con ellos tenía que sucumbir ó triunfar.

Cañas fué el alma de la invasión morista acaecida en Puntarenas en 1860. Fué su primer jefe militar y el sostenedor de la trinchera durante los trece días de la estada de Mora en aquel puerto.

La fortuna le fué adversa en esa jornada, en donde las armas del Gobierno recogieron el laurel de la victoria.

Cuando quedaban á Cañas fuera de combate poquíssimos soldados (no llegaban á diez), pidió asilo en el consulado colombiano y le fué negado. No quedaba á Cañas otro recurso que entregarse al vencedor, se rindió y fué condenado al último suplicio.

Su carácter jovial, alegre y chispeante no decayó ante el cadalso. Subió á él con valor, chanceando y riendo con la escolta que había de ejecutarlo. Antes de marchar al patíbulo escribió una célebre carta á su amigo don Eduardo Beéche, enviándole su eterna y cariñosa despedida. A las 11 a.m. del día 2 de octubre de 1860 había dejado de existir. Su cadáver fué

sepultado en la desierta playa de los Manglares. Algunos años después recogió sus despojos el inolvidable don Juan Bonnefil, y el 13 de setiembre de 1881 fueron conducidos al cementerio católico de esta capital.

Cuando las pasiones luchan, cuando la planta destructora del tiempo no ha apagado en los pechos el fuego de la pasión, cuando el esfuerzo y el sacrificio se ofrecen en holocausto á un ideal que la multitud no puede comprender, no hay que esperar justicia; la abnegación no tiene recompensas; pero tengamos fe en la posteridad, que ella á su tiempo así abate con el infierno de su odio al malvado, como bendice y ama la memoria de los buenos!

El General Cañas fué leal y honrado, valiente y generoso. Jamás vaciló en el cumplimiento del deber. Durante su tempestuosa existencia, no sabemos que acción alguna suya le sonrojara. Fué un modelo de ciudadano, un bravo y abnegado guerrero. La juventud presente de Centro América lo estudia en confuso boceto y lo admira: los hombres de mañana perpetuarán sus glorias, más que en el marmol y en el bronce, en la gratitud y el amor de sus conciudadanos!

San José, 7 de setiembre de 1888.

A. A. C.

A LA MEMORIA DEL SEÑOR LICENCIADO DON JUAN J. ULLOA.

EXPANSIONES Y RECUERDOS.

I.

UN POETA, con cuya amistad me sentía honrado y cuya memoria venero, me preguntó una vez en qué habría más fondo poético, si en la esperanza ó en los recuerdos. Era yo muy joven, y sin vacilar contesté que en la esperanza. No, me dijo él; acerca de esto el corazón obedece á la ley de gravedad; cuando somos jóvenes, tenemos poco en lo pasado, mucho en lo porvenir, y entonces es más poética la esperanza. Cuando somos viejos sucede á la inversa, y entonces es más poético el recuerdo.

Velarde tenía razón. Hoy encuentro más poesía en mis recuerdos que en mis esperanzas, y ellos son para mí tristes y agradables á un tiempo, como dicen que era la música de Genil.

Entre mis recuerdos conservaré siempre el de Juan José Ulloa. Nos conocimos en Guatemala, hace unos cuarenta años. Yo entonces era casi un niño, porque tuve la desgracia de ser muy precoz en mi carrera, y cursaba las clases de derecho en la Nacional y Pontificia Universidad de San Carlos. Ulloa cursaba esas mismas asignaturas. Teníamos muchísimos compañeros guatemaltecos, salvadoreños, hondureños y costarricenses. Éramos tantos los que llenábamos los toscos bancos de los salones universitarios, que algunos no encontraban dónde sentarse, y de pie escuchaban las lecciones.

La Universidad estaba montada á la antigua, si bien aun no habían sido revividos los estatutos dados por don Carlos el Hechizado. Nuestros maestros, sí eran muy buenos. Nos enseñaba derecho civil el señor Licenciado don José Venancio López, derecho canónico el señor Doctor don Juan José de Aycinena, y derecho natural el señor don Alejandro Marure.

A las siete en punto de la mañana empezaba sus lecciones el señor López. Él era de regular estatura, delgado, blanco, delicado de la vista, por lo que siempre usaba no anteojos pero sí precauciones para que no le ofendiera la luz; susceptible á las impresiones frías, llevaba siempre guantes de hilo. La capa, el sombrero de paja, la sencillez y la emancipación de toda moda constituían los distintivos del traje del señor López.

Digamos algo más de personal acerca de tan notable juriconsulto, porque cuanto se refiere á un sabio es interesante. El señor López era buen católico, pero no fanático, cosas que rara vez se concilian. Nunca viajó; la más larga travesía que hizo fué, siendo muy joven, desde Nicaragua, su tierra natal, hasta Guatemala, donde floreció y murió.

Don Venancio López fué maestro de muchos abogados que hoy duermen el sueño de la tumba, y de casi todos los antiguos que aun vivimos en los cinco Estados centroamericanos. Emitía sus opiniones y enseñaba las doctrinas con insuperable firmeza, con la mayor claridad. La Corte Suprema de Justicia le consultaba, privadamente, los negocios arduos, y era como dice Heinecio, al pintar el verdadero juriconsulto, oráculo de la ciudad.

Siempre vivió soltero y aislado el señor López; su numerosa familia eran los códigos romanos y españoles, los institutistas y expositores del derecho, y á ellos dedicó su vida; pero adoptó como hijo á un niño, lo enseñó, lo quiso como quiere un padre, y lo dejó heredero de su nombre y su fortuna. Aquel niño se ha llamado después el Doctor don Antonio López Colón.

En economía política el juriconsulto de quien vengo hablando, tenía ideas anticuadas. Detestaba la usura, y con sus propios actos demostraba la sinceridad de sus convicciones, pues su pequeño capital lo daba á interés, nunca mayor del seis por ciento al año. Contra la usura escribió varios artículos, y pronunció discursos siendo diputado.

El estilo del señor don José Venancio López era claro y sencillo, lacónico y ajeno á pretensiones oratorias y á flores de retórica. Creo que jamás pensó en escribir algo de bella literatura, si bien conocía los clásicos, y sabía de memoria una de las églogas de Virgilio.

En la noche, de las siete á las ocho, Ulloa y yo íbamos á casa del señor López, quien tenía la bondad de darnos lecciones privadas. La casa del juriconsulto estaba situada cerca de los suburbios de la ciudad, no lejos del cuartel de Caballería. El señor don Venancio nos recibía con su amabilidad inalterable, con su cariñosa sonrisa, y al vernos pronunciaba nuestros nombres haciendo una especie de exclamación. Tomábamos asiento en sillas de junco, alineadas junto á la pared. Frente á las sillas había una mesa con carpeta verde y cerca de esa mesa se sentaba el señor López, con el sombrero puesto. La luz de la candela estaba velada por una pantalla. Había otro mueble en aquella pieza; era un reloj de péndulo cuya caja de madera descansaba en el pavimento de desnudos ladrillos, y casi llegaba al techo.

El señor López cruzaba la pierna, su angosto pantalón se remangaba, y auxiliado por el zapato, algo bajo, dejaba visible hasta la mitad la blanca media. El maestro se frotaba las manos y comenzaba la lección. Ella era mucho más amplia que la que habíamos oído en la aula universitaria; se remontaba á los orígenes del derecho español, y tenía por ornamentos esas curiosidades históricas, esos detalles eruditos, que son propiedad exclusiva del verdadero juriconsulto que no ha tenido más ocupación que el estudio, ni más amor que el de la ciencia.

A veces Ulloa y yo, con estudiantil audacia, porque la ignorancia es atrevida, manifestábamos ideas propias y contrarias á las de los expositores del derecho. El señor López nos escuchaba con su característica bondad, nos daba la razón fundamental de las doctrinas, y si aun insistíamos, nos decía: "así como lo dije, así es." La campana del reloj de péndulo daba ocho campanadas, sonaban las cornetas del cuartel de Caballería, Ulloa y yo nos despedíamos del gran juriconsulto, y poco después nos separábamos en una de las esquinas de la "Plaza Vieja," plaza entonces sucia y desierta, y en la cual está hoy situado el elegante teatro de Guatemala, en medio de una hermosa alameda.

El señor López era uno de los mejores juriconsultos de Centro América. ¡Qué profesor tan distinguido! ¡Qué con-

cisas y qué nítidas eran sus explicaciones! Él, si hubiera florecido en tiempo de Justiniano, habría podido acompañar á Triboniano, Doroteo y Teófilo en la formación de la Instituta; y en la antigua Roma sus respuestas habrían tenido fuerza de ley.

Un día el señor López ascendió al Poder, á la Jefatura del Estado de Guatemala. Su Gobierno, si tal nombre pudo merecer, fué de pocos días y estéril. Aquel lirio immaculado del jardín de las ciencias jurídicas, no había nacido para sufrir los rudos embates del ábrego revolucionario.

(Continuará.)

ADVERTENCIA.

San José, 2 de setiembre de 1888.

Señores Redactores de "Costa Rica Ilustrada."

ESCRIBIENDO ante todo á las instancias de algunos amigos míos, y estimulado por esas dos nuevas fases en que hoy comienza á aparecer nuestra naciente literatura, el poema y la novela, me he decidido, después de muchas vacilaciones á enviarles este corto ensayo literario que escribí hace algún tiempo, un tanto enfermo y en horas no ya de inspiración sino de profundo aburrimiento.

Conozco muy bien los graves defectos de que adolece mi leyenda; mas, si la falta de novedad, interés creciente y forma métrica digna de este clase de composiciones, se notan en ella por todas partes, la tendencia y fondo moral que principalmente he tenido en mira, creo podrán en algo servirme de excusa.

Tratándose del arte y especialmente de la literatura, á pesar de opiniones que respeto, soy de los que creen que la época presente no se paga tan sólo de atrevidas concepciones, versos armoniosos y brillantes imágenes, pide aún más; al través de la forma busca algo noble, desinteresado y grande que tienda de alguna manera á la consecución de un bien social, busca en fin una idea; y de todas las artes, la Poesía, por medio de esa cuerda de oro: el sentimiento que penetra á lo más íntimo del corazón, ha sido sin duda alguna la que más inmediatamente ha ejercido una influencia saludable en donde quiera que se ha dejado oír y sentir, dulcificando el carácter, depurando podemos decir por medio de la espiritualidad nuestros instintos materiales y egoístas, y en fin ennobleciendo y levantando del mezquino y común nivel las costumbres en todas las esferas sociales.

Con justicia ha dicho Núñez de Arce: "La poesía para ser grande y apreciada, debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva, extraño á cuanto le rodea y siempre lo mismo".

Tales consideraciones he tenido presentes al escribir estos versos.

Para alcanzar mi objeto no he querido recurrir á antiguas historias ni mucho menos á leyendas de otros pueblos que si bien sus páginas—fecundas y verdaderas fuentes de inspiración—están llenas de hermosos ejemplos y severas enseñanzas, son ciertamente ajenas á nuestro modo de ser y á nuestras tradicionales costumbres; por eso, ante todo, de acuerdo con éstas, he tratado de desarrollar las escenas de mi leyenda.

En julio de 1886 publiqué en el "Diario de Costa Rica" el Prólogo de este trabajo. A pesar de las alentadoras frases con que me animó el señor Dubarry, Redactor de ese periódico—expresiones que de ningún modo merezco, debidas mas á la amistad que al mérito de mis pobres versos,—no me atreví á continuar su publicación.

Hoy cediendo á los motivos expresados les envío este trabajo.

Hecha esta salvedad, me es grato suscribirme de UU. atento servidor.

EMILIO PACHECO.

MARIETA.

A mi amigo don Carlos Gagini.

INTRODUCCIÓN.

I.

Como el profundo, férvido oceano,
el corazón humano
hondas borrascas en su seno encierra,

que es nuestra breve y deleznable vida,
barquilla combatida
por las pasiones sordas de la tierra.

II.

¡Dichosos los que cruzan sin temores
y ajenos de rigores
el proceloso mar de la existencia,
pues son la ingratitude, la ruin codicia,
la envidia y la injusticia,
escollos do naufraga la conciencia!

III.

¡Dichosos los que viven apartados
y ajenos de cuidados,
lejos del mundo miserable y vano,
do no rugen altivas é impetuosas
las olas cenagosas
que agitan ay! al corazón humano!

IV.

Si acaso allí, la adulación artera
y la ambición rastrera,
no abren horrible, aterrador abismo,
allí también el vicio en su coraje
levanta impuro oleaje,
que el hombre por doquiera es siempre el mismo.

V.

La dicha ambicionar, amar la vida,
buscar allá perdida.....
algunos la esperanza, otros la gloria,
y sin colmar el insaciable anhelo,
morir, mirando al cielo:
tal es del hombre la perenne historia.

* * *

MARIETA

I.

He aquí todo un idilio: dos amantes
sencillos y constantes
que en esa edad de dulces ilusiones,
embriagados de suerte halagadora,
ansiaban solo la hora
de unir ante el altar sus corazones.

II.

¡Dichosa edad que la esperanza dora!
¡Oh deliciosa aurora
de veinte nacaradas primaveras,
en que nuestra alma su prisión quebranta
y altiva se levanta
á la región do bogan las esferas!

III.

Era Marieta cual ninguna airosa,
la joven mas hermosa
de su pueblo natal de campesinos;
eran como el coral sus labios rojos
y sus dormidos ojos
reflejaban sus sueños peregrinos.

IV.

Era su faz angelical y pura,
un sueño de ventura;
y por su esbelto y ondulado talle,
envidia de la espléndida palmera,
en la comarca entera
llamábanla por eso *Flor del Valle*.

V.

Esos, y otros encantos que escondía,
hicieron cada día,
avivar más y más la llama pura
del casto amor, que Julio en su ardimento
y loco de contento
le mostraba radiante de ventura.

VI.

También Marieta con tesón le amaba,
cualquier paso que daba,
de temor la llenaba y de cuidados,
pues aunque á su amador bien conocía
á veces ay! sentía
relámpagos de celos infundados.

VII.

Mas ay! á poco retornaba á su alma
la venturosa calma,
que allá en la tarde cuando el sol hundía
su disco enrojecido en occidente,
para ella refulgente
un nuevo sol más bello aparecía.

VIII.

Instante hermoso en que su inmenso anhelo
los trasportaba al cielo:
horas de ensueño, fiestas y sonrojos,
en que su amor calmaba sus agravios,
aun más que con los labios,
con los rayos ardientes de sus ojos.

IX.

¡Qué poema hay igual á una mirada
de la mujer amada!
¡Quién no ha sentido renacer en su alma
á la luz hechicera é indecisa
de una fugaz sonrisa,
la ya perdida y codiciada calma!...

X.

¡Oh deliciosas y apacibles horas
de dicha halagadoras,
en que palpita y arde por doquiera
el fuego del amor: en la montaña,
el nido, la cabaña
y hasta en el alma de la agreste fiera!

XI.

¡Oh misterioso imán, chispa escondida...!
¡Oh hermosa, eterna vida,
á cuyo influjo bienhechor, fecundo,
alumbra el sol, la tierra se embellece,
la flor oscila y crece
y en el cerúleo espacio rueda el mundo!

XII.

Henchidos de ventura y esperanza,
mirando en lontananza
el cielo de su amor, dulce y risueño,
Julio y Marieta, siempre enamorados,
vivían arrullados
por inefable y delicioso sueño.

XIII.

Mas ay! bien pronto de su amor hermoso
el cielo esplendoroso,
cubrióse horrible de siniestra bruma,
que es la ventura halago de un instante,
efímera y abasante
cual de la linfa la bullente espuma!

XIV.

Como llevada por el raudo viento,
cundióse en un momento,
de inclemente lid, la inesperada
nueva; entonces del valle y de la aldea,
al punto á la pelea,
levantóse una hueste denodada.

XV.

Julio, sintiendo arder dentro del pecho
la cólera y despecho,
al oír de la Patria el llamamiento,
ante su altar, su sangre generosa
y vida venturosa
ofrecióle de júbilo sediento,

XVI.

que era á la vez altivo y denodado
su corazón honrado;
de inextinguible ardor y brazo fuerte;
dispuesto siempre al sacrificio honroso,
gallardo, valeroso,
sin temor del peligro y de la muerte.

XVII.

¡La Patria!... Hermoso y entrañable nombre
á cuyo acento el hombre
deja la esposa y el hogar amados:
palabra santa cuyo noble aliento
levanta el sentimiento
y en héroes trueca á tímidos soldados!

XVIII.

Tal fué la grande y generosa idea
que al punto á la pelea,
condujo á todos á vengar la ofensa
que á la patria lanzara ruin tirano
que en su delirio insano
lo hundiera airada su ambición inmensa.

XIX.

Julio dispuso en breve su partida;
mas ay! sintió la vida
abandonar, tembló, perdió la calma
al recordar á su Marieta amada
y madre idolatrada,
las prendas de su amor, prendas del alma!

XX.

Su anciana madre, resistir no pudo
el golpe fiero y rudo
de su suerte para ella sin ejemplo;
gimió en silencio su profundo pena
y de amargura llena
se dirigió desesperada al templo.

XXI.

Allí, ante un altar, puesta de hinojos,
sus ya apagados ojos
clavó en la Virgen del Pilar bendita;
y allí llorosa en su infinito duelo,
con maternal anhelo
fervientes preces levantó contrita.

XXII.

¡Oh fe inocente, estrella luminosa
que muestras venturosa
la celestial morada en lontananza,
á las almas sencillas y creyentes
que bajan las pendientes
de la vida á la luz de la esperanza!

XXIII.

Ay! entre tanto la gentil Marieta
inconsolable, inquieta,
veía hundirse el astro peregrino
que diera luz á su existencia hermosa
y alzarse pavorosa
la noche horrible de su cruel destino.

XXIV.

Por fin de la partida llega la hora,
que ya surge la aurora
bella y fulgente de su hermoso lecho.
La madre en tanto para el pronto viaje,
prepara el equipaje,
ahogando los sollozos dentro el pecho.

XXV.

¡Con qué dolor á veces ay! suspira
ó ensimismada mira
con sin igual cariño á su hijo amado!
Él entre tanto con filial ternura
la alienta, y le asegura
que volverá de triunfos coronado,

XXVI.

y reprimiendo de su pena el llanto,
abrázala entre tanto
en la explosión de su pesar intenso;
—¡adiós, le dice, adiós por vez primera,
en Dios tén fe y espera
que es su bondad y su poder inmenso!—

XXVII.

Y de ella se alejó desecho en llanto.
¡Quién por ventura en tanto
habrá que cuente el íntimo y profundo
dolor que esa infelice madre amante,
sufrió en tal instante?
¡Sólo otro madre, sí, sólo en el mundo!...

[Continuará].

CRONICA.

Y vuelve en perla y en azul bañada
A envolverme en su manto la alborada
De un dichoso y feliz amanecer;

y efectivamente fué dichoso y feliz aquel amanecer. Las avanzadas de la aurora nos encontraron aún en medio de atmósfera embalsamada por perfumes que ya huían; los perfumes, las flores, las mujeres, después de una noche de baile, se sienten corridos al mirar el sol; el perfume se evapora, la flor se marchita, la mujer palidece y siente sueño. Por eso á las cinco de la mañana nos vimos obligados á abandonar el salón de baile y á paladear en nuestro lecho las últimas armonías del piano revueltas con los primeros albores del recuerdo.

Rosita Gutiérrez es una señorita que tiene más de quince y menos de veinte años, es decir, está en la plena juventud, está en el mejor período de la vida femenina, cuando se ama, cuando se goza, cuando el horizonte está límpido, cuando el alma sólo ve cuadros de luz. Rosita celebraba su cumpleaños.—Muchas, muchísimas de nuestras elegantes señoritas estaban en su casa. La concurrencia era numerosa; los amigos de Rosa son muchos.

Llamó mi atención entre todo lo bueno que tuvo la reunión, el renuevo de flores que tiene San José. ¡Qué preciosos

botones de rosa, de camelia y de violeta hubo esa noche, botones medio ocultos aún entre las verdes hojas, pero que ya empiezan á mostrar los encantos de la flor? Indecisas todavía entre mujeres y niñas son bellas como el crepúsculo de la mañana, como la esperanza.—¿Cuál era la más bonita? Eso yo no lo podría decir. ¿Cuál me gustó más? La rubita de los ojos azules y de la boca de grana.

* * *

Las señoritas Delia Orozco y Celina Herrera, respectivamente, entregaron su mano á los jóvenes don Arístides Ovalle y don Carlos Sáenz, y por obra y gracia de ese apretón de manos, han quedado convertidas en esposas de los afortunados jóvenes que á su lado piensan emprender la segunda jornada de la vida: la del casado. Yo deseo para ambas parejas que por muchos años, por siempre mejor, continúe la dulzura y el embriagador encanto de su luna de miel.

* * *

Hay ciertas personas á quienes la fortuna adversa oprime y oprime con su mano de hierro, como para poner á prueba el temple de su alma; sobre quienes sopla el viento de la desgracia y las agita con despiadada violencia, con saña. Hace pocos, poquísimos meses que Jorge, el más pequeño de los hijos de don Pío Viquez, dejaba de existir. Como llamada por el abismo que tragó á Jorge, Graciela, el encanto de su hogar, la juguetona avecilla que garlaba con sin igual encanto, cae también y con su caída rompe el ensueño de oro de sus padres, llena de hiel su alma y de abrumadora soledad su hogar.

Dos heridas tan crueles debían haber aplacado á la fortuna; pero deseosa de completar su tarea de destrucción, hiere una persona más, á la madre de don Pío; llena la medida de dolor, deja un corazón sumido en la amargura y vuela sonriendo con sarcástica sonrisa á clavar su garra en otros corazones.

* * *

Un amigo nuestro y del joven don Francisco Fonseca, nos ha proporcionado copia de la nota que el Cónsul de Costa Rica en Leipzig dirige al Ministro de RR. EE.

Tenemos verdadero placer en publicarla y nos alegramos de que nuestro compatriota empiece á recoger el fruto de su trabajo y á formarse una buena reputación conquistada á fuerza de mérito y talento.

“Hace ya algún tiempo que S. E. tuvo la bondad de recomendar-me á algunos jóvenes de San José, y entre ellos al señor don Francisco E. Fonseca, que es el único que se quedó aquí y que ya ha estudiado algunos semestres.

“Hoy tengo sumo placer en comunicar á S. E. que al señor Fonseca he tenido varias veces la ocasión de verle, y además he oído hablar de él con los mayores encomios, no sólo de su conducta privada, sino también en cuanto á su aplicación, lo cual me pone en la agradable situación de hacérselo conocer á S. E.

“Por el testimonio de uno de los profesores más célebres de esta Universidad, el profesor Dr. W. His, veo igualmente que el señor Fonseca se ha dedicado á sus estudios con mucha aplicación y los mejores resultados, de modo que no dudo que una vez que concluya sus estudios, retornará equipado con los mejores conocimientos á que se ha dedicado de una manera tan concienzuda, y en su país podrá ganarse muy en breve una buena posición.”

* * *

Un solterón nos ha prometido hacer la revista del próximo baile del 15. Créese que el procedimiento que empleó nuestro amigo Odín el año pasado es bueno, y se propone hacer una revista de detalle, estudiando desde el traje de más elegante corte y el peinado de mejor gusto, hasta la que con sus encantos se lleve el mayor número de miradas y de corazones. ¿Seguirán las primas del año pasado disputándose el trono de la belleza? ¿Cuál será la reina?

RENARD.

RISAS Y LLANTO.

CAPITULO XIV.

Estalla la revolución.

(Continúa).

EN el camino se juntaron algunos centenares de voluntarios que se ofrecieron á servir á su patria, y algunos fueron enganchados con voluntad ó sin ella. Cuando el tren llegó á la estación de San José, estaba completamente lleno y traía soldados hasta sobre cubierta de los carros. En la estación se agregaron unos cien individuos más. Se dejó una escolta de veinticinco hombres en guarda de la estación, y con orden de tener todas las locomotoras con vapor y listas á salir; hecho lo cual y en profundo silencio se dirigió aquella fuerza hacia la ciudad, no dejando que se acercase á las filas, hombre, mujer ó niño. Al llegar á lo que entonces se llamaba "Parque del Bambú", se hizo alto. Se dividió en cuatro partes iguales el batallón, y cuatro jóvenes con uniforme de jefes, salieron de una pulpería que había en la esquina N. O. y se pusieron á la cabeza de cada división. La primera continuó derecho, la segunda y tercera tomaron á la izquierda, y la cuarta esperó unos minutos y luego siguió á la primera. Aquí se encontró una comisión de tres militares que venía á averiguar de donde viniera esa tropa y para donde iba. La comisión quedó arrestada y siguió así á la tropa. Cuando la primera fuerza de ciento cincuenta hombres llegaba á la plazuela del Carmen, encontró otra comisión que traía orden de hacer alto, del Mando en Jefe. Igual suerte que la primera, y adelante. Cincuenta hombres se situaron en las casas que están detrás del Palacio Presidencial; otros cincuenta en la cuadra situada al Este del mismo; y el resto en las casas que enfrentan á la de la Imprenta Nacional. La segunda entró una parte en las casas del lado Oeste de la plazuela del Palacio, otra se apoderó del Palacio Nacional, y el resto en la cuadra situada al Este del cuartel de Artillería, en cuyo recinto estaba entonces situado el Palacio de Justicia. La tercera fuerza, compuesta como las otras dos, de ciento cincuenta á doscientos hombres, se apoderó de las casas que rodean el cuartel Principal.

Tan pronto como se instalaron, comenzó un tiroteo de fusil, dirigido principalmente á las puertas de los cuarteles y Palacio Presidencial. De éste salió una escolta como de veinte hombres; mas una descarga salida de diferentes puntos, hizo caer dos soldados y el oficial que los mandaba, con lo cual se retornaron precipitadamente los demás, y después de esta tentativa, los atacados se resolvieron á encerrarse en sus respectivos cuarteles, esperando saber de donde venía aquel ataque y de parte de quien. Al momento de la entrada de las tropas dirigidas por los revolucionarios, el Presidente estaba comiendo con el Ministro de Hacienda y el Comandante de la Plaza, quienes estaban en la situación más extraña. Si el ataque hubiera sido hecho por paisanos ó gentes de campos, se comprendería algo; pero todas las apariencias eran: que tropas veteranas de alguna provincia se habían insurreccionado. ¿Qué hacer? Esperar que una ó más de las provincias fieles (si las había), ocurrieran á defender al Gobierno. También podría ser que el Ministro de la Guerra ó de lo Interior, que se suponía estuvieran en sus casas, hicieran un esfuerzo para levantar el sitio. Ellos ignoraban que estos dos señores estaban presos y asegurados en la estación del Ferrocarril. El cuartel más expuesto era el de la Artillería, porque era dominado por el Palacio Nacional, de cuyas troneras, practicadas en algunos minutos, salía un fuego de escopetas y fusiles, y los corredores del cuartel hoy le sirve de ataque.

Así se pasó toda la tarde y la noche del 1º de agosto.— El Presidente dió orden de que no tiraran á las casas particulares, aun cuando de ellas fuesen hostilizados, porque eso no conducía á nada, y la consigna era: resistir un asalto, mas no atacar ni hacer salidas. Ganar tiempo, que siempre está de parte de los poderes constituidos ó reconocidos. Mientras tanto ¿qué hacían el Coronel Wolf y nuestros jóvenes amigos, Julio Rosales y Roberto Delgado? Esto lo sabrán los que aun no se hayan fastidiado de la lectura de esta fabulosa historia, si se resuelven á leer el capítulo siguiente.

CAPITULO XV.

Wolf, Espinosa y Delgado.

Wolf, avisado á tiempo, comenzó por fingir una sorpresa igual á la de todos sus camaradas de cuartel, y esperó las órdenes de los jefes revolucionarios. El Presidente lo llamó al Palacio Presidencial. Pasó de un cuartel á otro cubierto con un colchón de sofá y á todo escape; y á pesar de eso recibió dos balazos en su envoltorio, que no le dañaron. Preguntado por el Jefe de la Nación, qué debía hacerse, propuso una salida simultánea con todas las fuerzas de ambos cuarteles. Rechazada su valiente idea por no ser practicable, puesto que esa fuerza no tenía un enemigo visible que combatir, y se habría expuesto á las descargas de sus ocultos sitiadores. Luego volvió á su cuartel con orden de esperar listos al ataque.

Muy diferente era la situación de Julio Espinosa y Roberto Delgado. Desde la primera alarma, el Comandante del Principal hizo comparecer en la sala de banderas á ambos jóvenes, de antemano cubiertos de grillos y cadenas.

Ustedes deben saber quien ó quienes son los que nos atacan. Si me ocultan el menor detalle, les mando dar de palos sin misericordia, dijo el Comandante.

Julio:—Nosotros nada sabemos, ni podemos saber lo que pasa afuera, estando incomunicados hace tantos días. El tormento no puede hacernos sabedores de lo que ignoramos. Solamente suplicamos á U. que medite lo que va á hacer; nuestra vida está en sus manos, disponga de ella; pero tenga presente que si nos toca un pelo de nuestras cabezas, su muerte es infalible, pues algún día estaremos libres; tal vez dentro de algunas horas; y aun suponiendo que muriéramos en esta ocasión, amigos, parientes y allegados tenemos á millares, que nos vengarán de un insulto iomerecido y gratuito.

En este momento entró un oficial y dijo algunas palabras al oído del Coronel. Este se puso lívido y salió de la sala dejando á nuestros amigos con la palabra en la boca.

La cosa merecía la pena, pues por una de las troneras de la parte del Sur, pudo ver el Coronel la boca de un cañón que asomaba entre un hueco ó abertura hecha en la pared de la casa de Shroter, frente al cuartel. Pocos minutos después, un relámpago seguido de una fuerte detonación, paralizó la sangre de los sitiados. Era un tiro de metralla disparado á la puerta del cuartel, el cual hizo volar en pedazos parte de dicha puerta. Las astillas y algunos pedazos de hierro de la metralla, causaron la muerte de un cabo, hiriendo á varios soldados.

Cuando esto sucedía, Julio y Roberto de un sólo movimiento tiraron los grillos á un lado, quedando solamente unidos ó enlazados por la cadena, y se echaron sobre los primeros soldados que estaban á su alcance, apoderándose de sus rifles. ¡A las armas, amigos míos! gritó Julio, ayudadnos á nosotros y dentro de pocos momentos os premiaremos con dinero, con grados y honores. Abajo la tiranía y la dictadura; viva la libertad con el orden; que mueran los sostenedores del despotismo!! No habían concluido de pronunciarse estas palabras, cuando se disparó el primer tiro, no se sabe de donde, dirigido al grupo formado por Julio, Roberto y ocho ó diez individuos más que se les habían unido.

—Seguidme, dijo Julio, y salió del salón con el rifle montado y la bayoneta calada. En efecto, lo siguieron, unos empuñando revólver, otros fusiles y armas blancas.

La confusión y la algazara habían llegado á un grado tal, que nadie se entendía ni sabía quién era el enemigo ni el amigo. Al llegar al cuerpo de guardia, algunos soldados maquinalmente obedeciendo á la orden del Coronel, bajaron sus rifles y apuntaron al grupo insurgente. Casi á un mismo tiempo se disparó de un lado y otro. Julio Espinosa calló arrojando borbotones de sangre, que parecía salir del costado derecho. Pronto se convirtió la lucha en un combate de cuerpo á cuerpo.— Roberto Delgado tomando el fusil por el cañón, daba terribles y mortales golpes. Enfurecido con la vista de su amigo herido, tal vez mortalmente, se batía como un león á quien arrebatan sus leoncillos, á pesar de la incomodidad y mala situación en que lo colocaba el hecho de estar encadenado con Julio, no pudiendo alejarse de su amigo, tanto por impedirse la poca longitud de la cadena, como porque trataba de defender al amigo, interponiéndose entre ellos y el grupo enemigo.

Pero los secuaces de los insurgentes se aumentaban á cada instante. Casi todos los músicos de la banda militar se guían al valiente Delgado. Al Coronel lo habían desarmado y

atado de pies y manos. Todo parecía favorecer los fines de Roberto, quien pronto se habría apoderado del cuartel si el combate no hubiera cesado repentinamente, debido á los gritos y gestos de un oficial que del balcón interior del edificio manifestaba en muy asustadas y altas voces, que los sitiadores se batían unos contra otros. En el corto silencio que siguió á este aviso, pudieron los sitiados oír el ruido de un combate en grande escala, pues el tético rugir de las balas de cañón, indicaba el uso de muchas armas de artillería, y algunas bombas que estallaron en los tejados de las casas vecinas, no dejaba duda de que en San José se batían grandes masas de tropas, provistas de todos los elementos de guerra que en el país existían.

Y en realidad, los acontecimientos habían variado de giro, convirtiéndose los sitiadores en sitiados á su vez, como se verá en el capítulo siguiente.

(Continuará).

SIRIO.

POLKA.

Allegretto.

The musical score is a piano arrangement of a Polka. It is written in 2/4 time with a key signature of one sharp (F#). The tempo is marked 'Allegretto'. The score consists of five systems, each with a treble and bass staff. The first system begins with a mezzo-forte (mf) dynamic. The second system starts with a forte (f) dynamic. The fourth system ends with a mezzo-forte (mf) dynamic. The piece concludes with a double bar line at the end of the fifth system.